



XVIII.

ISLAS AZORES Ó TERCERAS.

1581-1582.

Ingerencia solapada de las Reinas de Francia é Inglaterra.—Una y otra codician las islas.—Va sobre ellas la armada de D. Pedro de Valdés.—Desembarca y es derrotado.—Grandes aprestos navales en España.—Quejas del comercio perjudicado.—Sale á la mar el Marqués de Santa Cruz.—Encuentra escuadra francesa tres veces mayor.—Batalla empeñada.—Vence la pericia á la fuerza.—Circunstancias notables.—Naves destruidas.



ODAS las posesiones de Africa y de Asia, reconocieron la soberanía de D. Felipe como Rey tercero del nombre en Portugal, menos el grupo de las Azores ó Terceras, prevenidas por Cipriano de Figueredo, su Gobernador, partidario ardiente de D. Antonio, prior de Crato ¹. Confiaba, lo mismo que su amo, en el poder de las reinas de Francia é Inglaterra, que, por conducto de agentes secretos, ofrecían acudir con suficientes elementos á la defensa del archipiélago.

Catalina de Médicis había tomado la iniciativa, celosa del engrandecimiento de la Casa de Austria, que iba á juntar las Indias Orientales con las Occidentales, encargando al Emba-

¹ He tratado extensamente el asunto de este capítulo en libro especial titulado: *La Conquista de las Azores en 1583*, Madrid, 1886, insertando colección de documentos justificativos, apuntes bibliográficos y biográficos, y examen de las apreciaciones de historiadores contemporáneos, nacionales y extranjeros; no haré aquí, pues, más que sintetizar la materia, sin referencia de fuentes, que podrán examinarse en dicho libro.



jador francés en Londres insinuara el peligro que á Europa traería el gran poder de D. Felipe.

Isabel de Inglaterra conocía bien los móviles que impulsaban á la italiana, pero le convenía aprovecharse de su disposición perjudicando á los progresos del caudillo del catolicismo, su perpetuo antagonista. Se entendieron, por tanto, en el particular, y recibido el pretendiente D. Antonio en ambas Cortes con tratamiento de rey de Portugal, recibió dinero y facultad de hacer alistamientos, en que entraron desde luego Hawkins, Drake, Frobisher, los condes de Leicester, de Oxford, Pembroke, Warvich, etc.

Una y otra Reina tenían la vista puesta en las flotas de la plata, objeto de codicia universal, porque tanto las de Oriente como las de Tierra Firme y Nueva España recalaban necesariamente en las islas al regresar á Europa, y allí se proveían de agua y refrescos para concluir la travesía. En poder de don Felipe aquellos puertos, excusaban el gasto crecido de la armada que anualmente se despachaba en escolta de las flotas; en manos de sus enemigos embozados servirían de guarida á los corsarios, que, ya sin ellos, salían á tentar la fortuna, y sería problemática la seguridad de que llegaran á las arcas reales las barras del Perú y de Tenutistlán. De aquí la importancia que en la contienda se acordaba á un archipiélago llamado por Tassis llave del Nuevo Mundo, aunque estuviera en mar tormentosa, que ni por los productos de su suelo de riscos, ni por las condiciones de las costas escarpadas, entonces tenía.

A las reclamaciones de los Embajadores de España se dió cumplida satisfacción en Londres, como en París, afirmando la continuación de las relaciones amistosas y desconociendo la ingerencia de cualquier aventurero, que el Rey podría castigar con perfecto derecho, lo que no impedía los armamentos que los mismos Embajadores noticiaban, preocupando á Don Felipe, afanado en otras atenciones graves.

En su alivio llegaron á Lisboa, comenzando el año 1581, comisarios de la isla de San Miguel que, por antagonismo con las otras, venían á ofrecer la sumisión. Fué gran fortuna, acariciada desde luego, enviando á D. Pedro de Valdés, gene-



Pintura en el palacio del Viso.





ral de la escuadra de Galicia, que había cruzado en las bocas del Miño y Duero durante la campaña. Llevaba cuatro naos grandes y dos pequeñas, que sobre la ordinaria tripulación marinera embarcaron 80 artilleros y 600 infantes, con prevención de limpiar la mar de corsarios, situarse entre las islas más occidentales y esperar las flotas, así por evitar que tocaran en el archipiélago ignorando su rebeldía, como para convoyarlas hasta su destino, siendo de advertir que gobernada la de la India Oriental por Manuel de Melo, amigo y partidario del de Crato, había que impedir á toda costa que comunicara con los agentes de éste, apostados allí con el fin de inducirle á que se dirigiera á un puerto de Francia, donde cargamento y naves se venderían en su pro.

Independientemente dispuso el Rey que otra armada de 12 naos se aprestase en Lisboa para ir en pos de la de Valdés, regida por Galcerán Fenollet y transportando al maestre de campo D. Lope de Figueroa con 2.200 soldados de su tercio y de alemanes, por asegurar más las flotas, tentar el acomodamiento pacífico de los isleños, y ver, en último extremo, si con golpe de mano que no comprometiera la reputación de las armas, ni menos la marcha de los sucesos, se podría poner el pie en la Tercera, cabeza de las Azores.

Llegó D. Pedro de Valdés á la de San Miguel el 30 de Junio: fué allí informado del gobernador, Ambrosio de Aguiar, de haber recibido los de la Tercera armas y municiones, y de estar en su puerto corsarios con dos ó tres barcos apresados de los de Santo Domingo; pero dió más crédito á la gente de una carabela que interceptó, porque le decían que si bien en la Tercera tenía D. Antonio muchos partidarios, estaban mal armados, y sin organización militar ni disciplina, por lo que no sería difícil hacer desembarco que alentaría á los devotos de D. Felipe á proclamarle.

La idea de alcanzar por sí la gloria de someter el archipiélago, prestando tan buen servicio, le hizo desatender las instrucciones, y en vez de irse al Oeste de las islas Cuervo y Flores, como le estaba mandado, se aproximó al puerto de Angra, enviando parlamentarios que fueron rechazados con



desprecio; y más empeñado con la descortesía, el 25 en la amanecida, por festejar el día del patrón de España, echó en tierra osadamente 350 hombres, eligiendo una playuela cercana á la villa. Por cabeza de la tropa puso á su hijo, el capitán Diego Valdés, junto con D. Luis de Bazán, sobrino del Marqués de Santa Cruz, recomendándoles subieran á la carrera una altura dominante de la villa, y no se movieran hasta nueva orden; mas habiendo ganado con facilidad una batería de tres piezas, y deshecho á cuantos trataron de defenderla, teniendo en poco al enemigo y en no más á las prevenciones del General, se internaron camino de la villa, llevando por delante á los isleños fugitivos hasta un barranco adonde esperaban otros y cargaron con fuerza de más de 2.000 hombres á pie y á caballo; y como á todos hicieran frente, sosteniéndose sin pérdida, entrada la tarde imaginó un fraile de los enemigos ardid excelente, reuniendo sobre 500 bueyes de los muchos que pastaban en el campo, y espantándolos la tropa con voces y pedradas hacia el barranco en que estaban los españoles, fueron arrollados por aquella masa que no podían evitar, y acuchillados en seguida. Los pocos que volvieron á la playa dieron frente mientras volvían las embarcaciones, vendiendo caras las vidas, salvándolas los menos. Murieron más de 200, entre ellos los dos capitanes Valdés y Bazán, habiendo entre los que escaparon 30 malamente heridos.

A tan triste resultado condujo en un momento la doble inobediencia del General y de sus subalternos, cegados de la pasión de la fama, causando después mayor miseria y derramamiento de sangre, pues envalentonados los de la Tercera, teniéndose por invencibles, y desesperados de clemencia tras el suceso, se aparejaron á resistir hasta el extremo, que aun sin la matanza hubiera medios de conciliar.

Tarde lo advertía D. Pedro de Valdés, castigado con la pérdida de su hijo y de la reputación, y temeroso de la responsabilidad contraída. De haber contado en la armada otros tantos hombres como los sacrificados á su presunción, de cierto hubiera tentado otra vez personalmente á la fortuna



antes que llegara el momento de dar cuentas, y aun sin este recurso pensaba en la manera de vengar el descalabro, en vez de acudir al encuentro de las naves de la India, que tanto le habían sido recomendadas.

Consistía su segundo proyecto en esperar allí á las flotas de Tierra Firme y Nueva España, y unidas á su armada, imponiendo á los isleños con tan gran número de velas, repetir el desembarco y hacerse dueño de la capital, llevando á España la nueva del triunfo juntamente con la del fracaso anterior, de que no se haría aprecio. Las flotas llegaron efectivamente, sumando 43 naves; pero los respectivos generales D. Francisco de Luján y D. Antonio Manrique, esclavos de las órdenes, se negaron en absoluto á cooperar, por más que Valdés les pintara la empresa facilísima y altamente honrosa, con sólo dos ó tres días de demora en la navegación. Negáronse asimismo á darle los soldados que pedía, continuando el viaje á despecho de D. Pedro, que sólo los escoltó una noche, volviendo obstinado á la Tercera á tiempo de librar á una embarcación mercante que batía, y casi tenía rendida, uno de los corsarios franceses.

Suerte fué que la armada de refuerzo en que iba D. Lope de Figueroa encontrara en su camino á las naves de la India Oriental, pues las proveyó de agua y refrescos y encaminó á Lisboa, venciendo la inclinación de Melo, que por el descuido de Valdés había recibido cartas y avisos, al pasar, mandándole se encaminara á Francia. La operación retrasó en cambio la junta de las dos escuadras, estando por entonces muy adelantada la estación; y aunque así no fuera, D. Lope, con su prudencia, vió desde luego que lo que sin el accidente de Valdés ofreciera probabilidad con todas las fuerzas, ahora sería irrealizable sin acrecentarlas, por haber fortificado más los pocos puntos accesibles de la costa aquellos isleños, trocados de temerosos en arrogantes. Les requirió, sin embargo, por fórmula que se redujesen á la obediencia, y dió la vuelta á Lisboa.

Don Pedro de Valdés sufrió, por orden del Rey, encierro en un castillo, siendo sometido á proceso; pero alcanzó in-



duligencia por la intrepidez, que raza vez deja de influir en el fallo de jueces militares.

Por entonces afligia la peste á las provincias de Andalucía, impidiendo dar mayor desarrollo á los aprestos que en todo el litoral se hacian; aprestos extraordinarios, pues independientemente de las tres flotas de la India Oriental, Nueva España y Tierra Firme, se aderezaba escuadrilla que, al mando de Rui Díaz de Mendoza, fuera á estacionarse en la isla de Santo Domingo y vigilara el mar de las Antillas, plagado de piratas; armada fuerte para cubrir el estrecho de Magallanes y costa del Brasil, á cargo de Diego Flores de Valdés; otra que socorriera á las guarniciones de las plazas berberiscas, acosadas de los moros, y otra, todavía encomendada á Martín de Bertendona, que guardara las costas de Galicia y Portugal, sin hacer cuenta de las escuadras de galeras distraídas con las operaciones contra turcos y argelinos. Para tan considerable ostentación hubo que recurrir á la orden general de embargo de cuantas naves de naturales hubiera y fueran llegando á los puertos de la Peninsula, desde Fuenterrabia á Rosas, á los de las islas Baleares y á los de los reinos de Nápoles y Sicilia, tomando por encima, á sueldo, en virtud de contratos voluntarios, urcas de Flandes y naos de Ragusa, Venecia, Génova y otras levantiscas. De las españolas no se libraron las de pesca de Terranova, Irlanda y cabo de Aguer, en África, ni siquiera las besugueras de Castro y Laredo, siendo general la leva de marineros, que se aumentó con voluntarios genoveses, con la particularidad de haber puesto condiciones insolentes, pero justificadas, con mención del mal tratamiento, falta de pagas y detestable ración en campañas anteriores. Las industrias y comercio de mar sufrieron entonces uno de los más rudos golpes que con la continuidad habían de aniquilarlos, elevando por ello sentidas exposiciones las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa, privadas de brazos; las de Castilla, de naos en que exportar los frutos, especialmente las lanas, ramo principal de los cambios, y por la generalidad, el reino junto en Cortes.



Quedó por todo esto decidido el aplazamiento de expugnación de la Tercera hasta el verano, enviando únicamente á la isla de San Miguel, por precaución, cuatro naos guipuzcoanas con dos compañías de soldados. Las llevó Rui-Díaz de Mendoza en el mes de Marzo de 1582, haciendo una travesía tormentosa, y quedaron á cargo de Pedro Peijoto de Silva, almirante portugués que, con dos galeones y tres carabelas, condujo al capitán Lorenzo Noguera con otra compañía, por complemento de guarnición.

Tan oportuna resultó la llegada de estas fuerzas, que sin ellas hubiera seguido la isla la suerte de las otras. En Mayo arribó armada de nueve naos francesas, intimando la sumisión á D. Antonio: las guipuzcoanas se arrimaron al castillo de Punta Delgada y respondieron al ataque impetuoso con defensa serena. Tuvieron 20 muertos; los franceses debieron sufrir más, pues que se retiraron.

Los preparativos de jornada empezaron con la primavera este mismo año, encomendándose al cuidado de D. Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, capitán general de las galeras de España, y haciéndose á la vez en Sevilla y en Lisboa, adonde se reconcentraban los mantenimientos acopiados en Castilla y en Italia y los soldados de diversas procedencias, queriendo el Rey que tuvieran representación los de todos sus Estados, y preferentemente los de Portugal, por favorecerlos, atrayéndolos más y más á su servicio. Mandáronse construir 80 barcas chatas con cierto mecanismo de puente para el desembarco, y disponer 12 galeras con reparos y aparejo de cruz, para el viaje. La armada había de componerse de 60 naos gruesas, con pataches y embarcaciones ligeras en proporción, las galeras y barcas chatas, conduciendo 10.000 infantes y la gente correspondiente de mar, provisiones para seis meses, artillería de batir, carros, municiones, con las mulas y caballos de arrastre.

Circulada con apresuramiento la orden de salida para mediados de Julio, por noticia de hallarse en la mar armada francesa, la verificó D. Alvaro de Bazán de Lisboa, siguiendo á la Capitana otras 27 naos grandes y medianas y cinco pa-



taches, todos mal dispuestos por escasez y priesa. Reinaban ponientes duros que dispersaron por la costa de Algarbe el segundo cuerpo, armado en Cádiz, compuesto de otras 20 naos gruesas y regido por Juan Martínez de Recalde; las galeras, mandadas por D. Francisco de Benavides, menos pudieron resistir un temporal en que creían perecer, decidiendo la arribada después de haber ganado 80 leguas al Oeste del cabo San Vicente. También de los navios del Marqués sufrió mucho uno de Ragusa, en que iban embarcadas tres compañías de los soldados viejos de Italia, á más de los médicos y cirujanos con el material de hospital y repuesto de medicina, y sin orden ni aviso se volvió á Lisboa, quedando reducida tan potente armada á 27 naos, con menos de la mitad de la tropa, sin que por ello dejara de seguir la travesía pasado el temporal contrario.

Avistó D. Alvaro de Bazán la isla de San Miguel el 21 de Julio, y despachó desde luego dos de los cinco pataches que tenía á fin de que, adelantándose el capitán Aguirre, diera al Gobernador noticia de su inmediata llegada, con pormenor de la fuerza que conducía, pidiéndolo de los enemigos si habían aparecido, y adelantando al almirante Peijoto la orden de aprestarse á seguir á la armada, que no se detendría más que el tiempo preciso para reponer la aguada.

El día siguiente, 22, llegó el Marqués á fondear en Villafranca, sorprendiéndole la actitud de los habitantes, que por unos lados recibieron con tiros de arcabuz á los esquifes que se acercaban á tierra, y por otros contestaban con insolencias á las preguntas. Un clérigo aseguró que nada se sabía por allí de la armada de Francia y que la isla se mantenía fiel al rey D. Felipe, mostrando empeño, él como los otros, en aconsejar que fueran las naos al puerto de Punta Delgada, donde hallarían cuanto pudieran desear. En esto llegó una carabela que había salido de Lisboa, con tres naos y otras dos de su clase, en seguimiento de D. Alvaro, dando cuenta de que, habiendo llegado el día antes sobre la isla, les atacaron ciertos franceses y apresaron dos de las carabelas conductoras de caballos; las naos huyeron en vuelta de la mar, y lo



mismo hizo la que ahora se incorporaba. Volvió también uno de los pataches destacados con aviso de haber sido preso el capitán Aguirre con el otro al acercarse á Punta Delgada, no quedando ya duda de la proximidad del enemigo; así quiso el Marqués acelerar la operación de la aguada, y se estaba reconociendo sitio á propósito en que hacerla, cuando los vigías de la Capitana dieron cuenta de irse descubriendo, una tras otras, varias velas por la mencionada punta; suceso que le hizo variar de intención, dando la vuelta inmediatamente con la de reconocer al enemigo.

A medida que se apartaba de la tierra iba apareciendo la armada francesa oculta tras ella, hasta contarse más de 60 naves grandes y pequeñas; número que no podía presumir D. Alvaro de los avisos recibidos antes de salir de la Península. Reuniendo el Consejo de Generales, y siendo unánime el parecer de combatir con tan superior fuerza, arboló el estandarte y disparó una pieza, contestando á la de reto que primero había soltado la Capitana francesa. Todas las naos ocuparon sus puestos formando línea compacta, que tuvieron cargo especial de mantener, y con estruendo de pífanos y atambores, las banderas tendidas en los árboles y los castillos, avanzaron en dirección opuesta á embestir las armadas, quedando inmóviles, por calmar el viento, antes de ponerse á tiro de cañón; y anocheciendo en esta forma, la española tomó la vuelta de la mar, mientras la enemiga volvió hacia Punta Delgada, en el tiempo que pudo seguirla la vista.

Media noche sería cuando abordó á nuestra Capitana una pinaza despachada del castillo de la ciudad con carta del Gobernador contando lo ocurrido, que fué así:

Llegó de imprevisto á la isla la armada francesa el 15 de Julio, y desembarcando prestamente sobre la villa de la Laguna, la saquearon, avanzando un cuerpo de 3.000 hombres hacia la ciudad de Punta Delgada. Los habitantes la desampararon, retirándose á los montes, aunque la mayor parte alzó la voz por D. Antonio con alegría. Pudo y debió el almirante Peijoto dar la vela salvando á tiempo las naves de su cargo: no lo hizo; las arrinó al castillo por aturdimiento



ó porque entendiera que quedaban protegidas con sus fuegos, resultando ser apresadas las cuatro guipuzcoanas y perderse en los escollos dos galeones y tres carabelas portuguesas. La gente de todas se acogió á la fortaleza, uniéndose á la guarnición, que con este refuerzo llegó á ser de 500 hombres.

El capitán Lorenzo Noriega, su jefe, estimuló á los naturales de la isla á marchar con él al encuentro de los invasores; y aunque no fiaba gran cosa de ellos, tales protestas hicieron que avanzó formando escuadrón con unos 3.000 hombres; mas no bien descubrieron la vanguardia francesa huyeron, dejando comprometido al valeroso Capitán con los 500 castellanos y vascongados.

Fácil es calcular lo que podría contra el crecido número de los enemigos: escaramuzó resistiendo hasta que, herido mortalmente, se retiró al castillo, donde se recogieron asimismo el Obispo, el Corregidor y algunos caballeros con el capitán Juan del Castillo, á quien correspondió la sucesión de mando. Peijoto se fué á la ciudad desalentando á los que querían aguantar, y escapó cobardemente por la noche.

Ocupadas las casas por los franceses, desde el convento de San Roque, donde alojó D. Antonio, escribió al Gobernador del castillo dándole término hasta la puesta del sol para rendirlo. La contestación fué digna; y como los franceses se reembarcaron apresuradamente en vez de atacar, comprendieron los españoles que la armada de Castilla debía de estar á la vista, como así era; y aguardando la noche despacharon la pinaza, avisando la situación en que estaban, el número de las naves que habían contado y el de soldados que calculaban, porque con estos datos no se aventurara encuentro.

Holgó mucho el Marqués de Santa Cruz de saber que aún estaba por España la llave de la isla de San Miguel, escribiéndolo al punto á los valerosos defensores. Si al cabo de tanto tiempo transcurrido, y con los datos conocidos, se quisiera penetrar el pensamiento del egregio marino en aquellos momentos supremos, no sería aventurado admitir que la seguridad de su propia experiencia en las cosas de la guerra no



dominaria la vaga inquietud del ánimo, considerada la desproporción de las fuerzas enemigas y la responsabilidad en que incurría, arriesgando en aquel lance, no ya la vida de los marineros, la seguridad de los bajeles y la honra de la bandera, sino la suerte decisiva de la corona de Portugal y el predominio de la mar por encima; que no otra cosa pretendían las soberanas de Francia é Inglaterra al aprontar armada de aquella fuerza, declarándolo sin rebozo el Almirante que eligieron, en despacho dirigido al Senado de la Tercera.

No bien amanecía, cuando con su ordinario cuidado despachó el Marqués los pataches con órdenes de estrechar las distancias. Lo mismo hacían los enemigos, que habiéndose fijado el viento al Sudoeste, tenían la ventaja del barlovento, estando en su mano iniciar el combate. Por tres veces lo intentaron, mostrando intención de doblar con una división la retaguardia española y tomarla entre dos fuegos; mas como D. Alvaro mandara virar con oportunidad, nunca pudieron conseguirlo, pasándose todo el día 23 en bordadas paralelas á regular distancia unos de otros. Por la tarde calmó el viento como el día anterior.

La situación respectiva era la misma en la amanecida del 24, dando ambas escuadras bordos cortos entre las islas de San Miguel y Santa María, con viento flojo del Sudoeste. Varios pataches franceses se acercaron á reconocer nuestras naos, volviendo á incorporarse á su armada, indecisa, á juzgar por las maniobras que hizo hasta las cuatro de la tarde, en que, hallándose la de España próxima á San Miguel, dada la orden de virar, aprovechó el momento la enemiga para arribar en tres columnas sobre ella, y prolongando la retaguardia en que estaba Miguel de Oquendo con cinco naves guipuzcoanas, rompieron sucesivamente sobre ellas el fuego, generalizándose en toda la línea por la presteza con que la cerró la vanguardia viniendo en auxilio de las atacadas. El cañoneo fué vivísimo y certero de nuestra parte, según se pudo observar, sin recibir daño de consideración; así los franceses se apartaron un poco, conservándose á barlovento y llevando al anochecer la vuelta de la isla de Santa María.



En esta escaramuza quedó demostrado que la armada francesa tenía, sobre la superioridad numérica, la de la igualdad y movimiento de las naos á la vela, maniobrando en cuerpo y fraccionés con una rapidez que las nuestras no alcanzaban por las diferencias de construcción y porte. Trató D. Alvaro de remediar un tanto la inferioridad aprovechando el viento fresco que hubo en la noche, y á este fin corrió la palabra de continuar aquella bordada hasta el momento de ponerse la luna, á cuya hora, sin hacer farol ni otra señal, habían de virar todos, con lo cual esperaba amanecer á barlovento del enemigo, dado que éste no se atreviera á ir con riesgo sobre tierra, como los nuestros iban á hacerlo.

Tuvo la maniobra éxito felicísimo, alumbrando el sol el día 25 á la armada francesa sotaventada y en desorden por remediar las averías que sufrió en el combate: dos de sus naos remolcaban á otra de las mayores, desarbolada del trinquete, y á poco de amanecer se fué á fondo á la vista.

La nuestra tuvo que sentir contingencia de otra naturaleza: durante la noche, que fué muy oscura, desaparecieron dos urcas que transportaban 400 soldados alemanes, reduciendo lamentablemente la fuerza: con todo, la ventaja dicha en día tan señalado para los españoles, como fiesta de su patrón Santiago, causó general alegría, así como iban rápidamente cayendo sobre el enemigo.

En esto, entre ocho y nueve horas de la mañana, amainó repentinamente las velas y disparó un cañonazo la nao de Don Cristobal de Eraso, general de la armada de Indias, segundo cabo en la presente, destinado sustituir en el mando al Marqués de Santa Cruz en caso de accidente: había partido el árbol mayor, quedando naturalmente rezagado. Don Alvaro acudió á darle remolque con el propio galeón Capitana, ofreciendo notable ejemplo del dominio de sí en tan crítico entorpecimiento: antes que abandonar la nao, que hubiera caído sin remedio en las manos contrarias, ó dividir, amparándola, la armada, sacrificó el plan que las circunstancias le habían ofrecido, y mantuvo la unión á costa del barlovento, recobrado por los franceses hacia el mediodía, si bien no lo utilizaron más que



para disparar á tiro largo algunos cañonazos que se le devolvieron con creces, consumiendo la tarde la activa reparación de la avería, de forma que la referida nao de Eraso pudo dar vela á medio palo.

Al fin vinieron á las manos con tremendo empuje franceses y españoles, trabando el 26 de Julio una de las batallas navales más dignas de consideración y estudio entre las que registran los anales del siglo XVI, no escasos, por cierto, en encuentros de este género, y como ninguno difícil de investigar por las condiciones especialísimas de la parte que ostentaba la defensa de un Rey sin reino ni vasallos.

Es cosa averiguada que el mando superior se encomendó á Felipe Strozzi, hijo del mariscal de Francia, Pedro, deudo de Catalina de Médicis. En segundo lugar iba el conde Charles de Brissac, hijo también de mariscal de Francia; detrás muchos señores y caballeros de distinción, desempeñando papel de los primeros D. Francisco de Portugal, conde de Vimioso, el más allegado agente del Prior de Crato. Las naos arbolaban el estandarte de Francia, blanco flordelisado de oro; los navíos eran 60 con 6 á 7.000 infantes, independientemente de los marineros.

La escuadra de Bazán, cuya composición consta en los estados oficiales ¹, era de dos galeones del Rey; 10 naos guipuzcoanas de á 300 toneladas por término medio; ocho portuguesas y castellanas menores; 10 urcas flamencas de 200 á 400; una levantisca de 600, y cinco pataches: total, 36 bajeles grandes y pequeños. Según va referido, tres de las naves se demoraron en Lisboa y no llegaron á incorporarse; la levantisca arribó al puerto de salida; dos urcas desaparecieron la noche del 24 de Julio, y uno de los pataches fué apresado; de modo que, haciendo abstracción de los ligeros, aunque eran muchos los franceses, al aprestarse al combate decisivo tenía el Marqués de Santa Cruz 25 bajeles de guerra contra 60, y 2 ó 3.000 menos en el total de los hombres ².

¹ Insertos en el libro citado: *La Conquista de las Azores.*

² Sesenta son las francesas,
Veinticinco las de España,



El Prior de Crato conocía con exactitud, por sus confidentes en Lisboa y por los despachos tomados al capitán Aguirre, la fuerza y recursos que llevaba D. Alvaro de Bazán; sabía que detrás había de aparecer Juan Martínez de Recalde con otros tantos navíos y soldados, y tenía por seguro el triunfo, pudiendo batirlos con tan enorme desproporción uno tras otro y aniquilarlos, lo que también daban por cosa hecha los franceses.

El Marqués de Santa Cruz no sabía en cambio otra cosa que lo por sus ojos visto de los enemigos; entorpecía su acción el accidente ocurrido á D. Cristóbal de Eraso, privándole del expedito concurso de jefe tan marineroy, y no podía engañarse ni en la apreciación de los elementos respectivos, ni en la de las consecuencias de una derrota.

Poníase en aventura de perder más que ganar, pues el mayor mal que aconteciera al enemigo, el desbarate de su armada y pérdida de la isla de San Miguel, ni había de ser tan completo teniendo á la Tercera por refugio, ni el mayor extremo fuera de mucho momento para Francia, al paso que, aceptando el combate con armada inferior, escasa de marineros, sin artificios de fuego, botica ni médicos, si fuese vencido, demás que las naves se perdieran con San Miguel y la esperanza de someter las otras islas, el descalabro sería completo, no teniendo puerto á que acudir; las flotas de las Indias con sus tesoros caerían indefectiblemente en manos de los franceses, y arrimándose éstos á Portugal, con desembarcar la gente y armas que asaz llevaban, quedaría, cuando menos, en duda la seguridad del reino, no consolidada todavía. No esquivando, como podía, el lance hasta dar lugar á la llegada de Recalde, no vacilando con lo dicho, en el ataque, mostró la sangre fría, la confianza, la grandeza que le dieron puesto entre los héroes preclaros de la marina española.

Interpolando las urcas con las naos guipuzcoanas al formar

Mas el valor de las pocas
Despreciaba la ventaja.

(Romance de Ercilla.)



la línea, á la cabeza de ellas colocó su Capitana, acompañada en ambas bandás de seis de los más ligeros y mejores bajeles. En la retaguardia dispuso otro grupo semejante, independiente de la línea; y sin más orden ni recomendación que la de acudir prontamente adonde tuviera calor el combate, esperó la acometida, ya que no estaba en su mano iniciarla.

El 26 de Julio amanecieron las armadas á distancia de tres millas una de otra, y 18 de la isla de San Miguel; el viento entabló por el ONO. á las ocho de la mañana, y ambas siguieron la vuelta del N., mura á babor, la francesa á barlovento. Como llegara el mediodía sin hacer cambio, se creyó que tampoco se combatiría. Acaso en esta creencia, pues no consta la razón, navegando nuestra escuadra en orden, y remolcando todavía la Capitana á la nao de D. Cristóbal de Eraso, salió á barlovento el galeón *San Mateo*, que era ligero de vela, donde iban el maestre de campo general don Lope de Figueroa y el veedor D. Pedro de Tassis, apartándose mucho de la línea, si bien estaba en su mano incorporarse arribando. El enemigo creyó poder cortarlo, y repentinamente fueron sobre él la Capitana, Almiranta y tres galeones; esto es, cinco naves, las más fuertes que tenía, ayudando á su plan el mismo D. Lope, porque juzgó tal vez poco digno volverles la popa para tomar su puesto en la línea. Aguardó aislado sin disparar un tiro hasta tener á tocapanoles los contrarios, que entonces á la vez les envió descarga general ó *ruciada*, según su expresión, repitiéndola con rapidez. La Capitana francesa le abordó por la mura de babor; la almiranta por la banda opuesta, y los galeones le batieron por la popa y aleta, aunque sin aferrar como las otras.

Era el *San Mateo* buque de 600 toneladas con dos baterías, alta y baja, y llevaría (que no consta), 26 á 30 cañones de bronce; á bordo iban, entre marineros y soldados, 250 hombres, que se repartieron por ambas bandas, poniendo tiradores escogidos en las gavias, de donde no sólo disparaban mosquetes y arcabuces, sino que arrojaban piedras y dardos. Cada uno de los cinco asaltantes tenía tanto ó más porte y artillería que el *San Mateo*, y mucha más gente, que les



ibán renovando de refresco otros bajeles. Dos horas se sostuvo en esta disposición, menudeando los disparos y batiendo el arma blanca con verdadera carnicería de parte y parte, como no podía menos de suceder estando mano á mano. De los bajeles franceses le arrojaron alcancias, que prendieron fuego en diversos lugares hasta veinte veces, inutilizando mucha gente; recibió en el casco más de quinientas balas de cañón, y no hubo hombre que diera muestras de desaliento ó cansancio; antes tuvo D. Lope que decir á voces á sus capitanes que matasen al que intentase entrar en la capitana enemiga, que se rendía, por quedarle tan poca gente que, distraida, la hubieran entrado los otros navios.

Generalizado en tanto el combate, fueron los franceses sobre la línea, que se mantuvo en buen orden, y dejándola el Marqués de Santa Cruz, largó el remolque que llevaba, virando en socorro del galeón. Lo mismo hizo el grupo de reserva de la retaguardia, llegando á las dos horas de comenzado el cañoneo, antes que el Marqués. El capitán Garagarza abordó entonces bizarramente á la Capitana francesa con su nao *Juana*; Villaviciosa lo hizo con la Almiranta; y como acudieran otras francesas, que se amarraron á las últimas, se formó un grupo, ó más bien un volcán, en que el humo no permitía distinguir amigos de enemigos. Entonces Miguel de Oquendo metió la proa á toda vela entre el galeón *San Mateo* y la Almiranta francesa, á la que hundió el costado con el choque y la descarga á boca de jarro. Rompió al mismo tiempo las amarras, deshaciendo el nudo, y se aferró con la Almiranta separada, que por la proa continuaba batiendo Villaviciosa.

Cuando llegó D. Alvaro de Bazán estaban tan bien empleadas sus naos dominando á la Capitana y Almiranta francesas, que no quiso quitarles la gloria del vencimiento, virando de la otra vuelta hacia los más apurados, destrozando de paso con certeras descargas á cuantas naves se le oponían. Con admirable serenidad observaba la situación particular de cada bajel sin perder movimiento; así vió que la Capitana de Strozzi



se desembarazaba del *San Mateo*, y en el momento la abordó por una banda, haciéndolo al mismo tiempo por la otra el capitán Labastida con la nave *Catalina*, con tanto impetu ambas, que antes de una hora la rindieron, aunque había renovado su gente con otra fresca.

El suceso sirvió de señal para que se pusieran en fuga y dispersión todos los navios franceses que no estaban abordados; de modo que, al anoecer, la mar, cubierta de despojos, quedó por los nuestros, que se reconcentraron sin perseguir á los contrarios, habiendo durado la función general poco más de cinco horas.

En la Capitana de Francia pelearon valientemente, llegando á 800 los hombres que sucesivamente defendieron la cubierta, que parecía laguna de sangre: como que pasaron de 400 los muertos y se hicieron todavía unos 380 prisioneros. El galeón *San Martín* tuvo 15 muertos, 70 heridos y destrozó en el casco, aunque no de consideración.

La Almiranta, en que arbolaba su insignia el Conde de Brissac, era bajel artillado con 30 piezas y guarnecido con 300 hombres, que fueron reforzados durante el combate; peleó con igual bizarría, y cuando se apartaba del galeón *San Mateo* se vió sola bordo á bordo con la nave de Oquendo. Sin la descarga con que éste acertó á matarle 50 hombres, hubiera sido dudoso el resultado; siguió, no obstante, sangrienta lucha. Una y otra tenían balazos bajo la lumbre de agua, y se iban anegando lentamente; pero Oquendo calculó que había de llegar la noche antes que la cantidad de agua que entraba le pusiera en peligro, y no quiso que se picara la bomba por que no desmayase la gente: antes la lanzó sobre el alcázar de la contraria y se apoderó de las banderas é insignias francesas, saqueó las cámaras y tomó algunos prisioneros. Por tender entonces á su seguridad no completó el triunfo, apoderándose del Almirante; se apartó de aquel bajel, que por momentos se iba á fondo, dando lugar á que Brissac lo abandonara también trasbordando á otro de los suyos.

Quedó el *San Mateo*, origen del combate y blanco de tan-



tos enemigos, como una boya; el casco acribillado, sin jarcias ni velas, y con las dos anclas colgando por los cables hasta el fin. Tuvo 40 muertos y 74 heridos: de los primeros, el capitán José de Talavera y siete oficiales; entre los otros, 19 jefes y soldados. El heroico proceder de la tripulación en las dos horas en que peleó aislado, sirvió de admiración y ejemplo.

En las demás naos quedaron eclipsados con la aureola del *San Mateo* hechos que en otra ocasión se hubieran celebrado más. La urca *San Pedro*, en que estaba D. Francisco de Bobadilla, se vió acometida de cuatro francesas que iban al abordaje, y á la primera maltrató de forma que hubo de retirarse, haciéndolo sucesivamente las otras.

Juan de Villaviciosa abordó una tras otra á dos enemigas, teniendo en la suya 45 muertos y 52 heridos, y él mismo halló en la última fin glorioso, con lo cual se exasperaron los tripulantes de manera que, entrando en la francesa, pasaron á cuchillo á la gente sin perdonar persona.

La pérdida general fué de 224 muertos y 550 heridos, sin tener la de ningún navío, si bien quedaron todos malparados. Los enemigos perdieron 10 naos grandes, comprendida su Capitana; dos se incendiaron; cuatro se echaron á fondo, y otras cuatro, incluso la Almiranta, se abandonaron después de despojadas, llevándolas la corriente á embarrancar en la isla de San Miguel. Las bajas en estas naos y las que huyeron se calculó en 2.000 hombres. Quedó herido de gravedad de un arcabuzazo, y murió en la Capitana española á las pocas horas, el general Felipe Strozzi; algo más vivió el conde de Vimioso, aunque había recibido dos balas de arcabuz y una estocada.

La desproporción de las fuerzas en batalla tan porfiada enalteció el crédito de D. Alvaro de Bazán como uno de los grandes capitanes de su época. Él mostró que las reglas son buenas hasta cierto punto, fijando principios originales seguidos modernamente con el mismo éxito feliz, á nuestra costa varias veces. Con inferioridad de recursos supo hacerse superior y batir parcialmente al contrario, aprovechando con



Don Álvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz.





certero golpe de vista las circunstancias de momento, y disponiéndolas de antemano con la organización y el espíritu de unidad y asimilación en los que habían de secundarle. El empleo de las masas á tiempo lanzadas le sirvió aquí, como en Lepanto, de agente inmediato del triunfo.

